



Fausto Simón Morales, 78 años
Beatriz Carrasco González, 21 años.

Marcado por la casualidad

Fausto nació el mismo día del mismo año, a la misma hora y en la misma calle que su mujer. El destino les tenía preparado una vida llena de casualidades y también de dificultades que, todavía hoy, afrontan juntos.

Un auténtico torbellino. Un manojo de nervios. Las palabras se le acumulan en la mente y sin embargo, es capaz de transmitir con claridad la maravillosa aventura que para él ha supuesto la vida. Si no fuera porque reconoce sin tapujos estar en tratamiento psiquiátrico desde hace seis meses, nadie que se detuviera a tomar café con Fausto Simón Morales una tarde, pensaría que a este hombre de 78 años le pudieran hacer flaquear las circunstancias. Pero Fausto dice que a veces ha deseado cerrar los ojos y no volver a despertarse, aunque quizá él no sepa que con su mirada está pidiendo a voces no rendirse, ganar el pulso a la desesperanza.

No es ni la sombra de lo que fue. O al menos eso dice él. Las enfermedades de su esposa, Paquita, le duelen casi más que a ella y no soporta ver a la mujer de su vida postrada en una silla y sin salir de casa. Fausto ha dejado de sentirse el hombre fuerte que trabajó cuarenta y cinco años de taxista y recorrió Brasil, Buenos Aires y Portugal. A Fausto le faltan las fuerzas demasiado a menudo, y siente que sin la Paquita de siempre, él tampoco es el mismo.

Nacieron el mismo día, del mismo año y a la misma hora. Lo hicieron en el mismo pueblo de Guadalajara, Copernal, y en la misma calle. Las casas que les sirvieron como primer hogar estaban una enfrente de la otra. Quizá el destino sonrió en ese mismo segundo y firmó para ellos una larga vida junta: llevan, nada más y nada menos, que 78 años siguiéndose los pasos.

Fausto dice que Paquita es una auténtica joya y desde luego no miente. Podría decirse que la historia de amor de este hombre hubiera sido imposible sin la paciencia y los silencios de Paquita. Por eso quizá Fausto repita una y otra vez que está orgulloso de la mujer que tiene.

Recuerda al detalle infinidad de episodios que los dos han protagonizado en todos estos años, porque como él mismo dice, "cualquier instante vivido con ella es digno de ser rescatado". Como aquella tarde de 1936, cuando en plena guerra civil, y con sólo nueve años, ambos presenciaron la muerte del abuelo de Paquita por el impacto de una bala. Era sólo uno de los sinsabores que el destino tenía preparados para ellos: para que los vivieran juntos, para que los superaran juntos, para que sobrevivieran juntos. Quizá eran demasiado niños para entender de casualidades pero aprendieron pronto el significado de las calamidades. Cuando Copernal había quedado definitivamente entre dos líneas de fuego, ambos fueron evacuados con sus familias a Carrascosa de Henares. Y juntos sufrieron la miseria y juntos compartieron los dolores de la guerra para, después de mil batallas, volver también juntos a Copernal.

Pasó el tiempo y con ellos creció una historia de amor. Se rindieron al destino y a los sentimientos, aunque no por ello acabaran los tiempos difíciles. Mantener viva la llama de la pasión se convirtió en todo un reto, aunque quizá el capricho del destino ya tenía un final decidido para los dos. La fuerte personalidad de Fausto y su precoz



independencia le llevaron a enrolarse, con dieciocho años, como voluntario en el ejército. Tantos meses sin un beso para los amantes convertían la hora del regreso de Fausto en una espera demasiado angustiosa para Paquita. Ni siquiera su regreso fue feliz: una oscura enfermedad acabó siéndole diagnosticada como tuberculosis, y la hora del amor, las caricias y los besos no existía para ellos. Bueno, eso en teoría: ciegos por las ganas no temieron contagiarse y Paquita no dejó de visitarle un solo día. Ni de besarle. Así hasta que finalmente un especialista madrileño informó a Fausto de que su diagnóstico había sido erróneo. ¡Benditos besos!

Recuperado y fortalecido Fausto quiso cambiar de vida: "En mi casa sobraban mil duros, sobraban tierras y sobraba comida", recuerda. Pero eso no era suficiente para él; quería otra vida. Paquita sabía de quién se había enamorado, y si no lo sabía, tuvo que metérselo en la cabeza a la fuerza. Fausto se fue a Madrid y empezó a forjarse un destino distinto al del campo, un destino en el que también contaba con Paquita, aunque lo estuviera construyendo él sólo. Ella, mientras, en aquel pueblo alcarreño, al cuidado de su madre, tenía la misión de cobijar el amor que le guardaba a Fausto, hasta que por fin pudiera hacerse con el futuro que él preparaba para los dos.

Trece años amándose en la distancia es mucho tiempo para no desistir. Pero los romances de aquel entonces, o por lo menos el de ellos, resistió viento y marea. Todavía resiste. Fausto no pudo evitar romper algunos corazones madrileños mientras luchaba día a día por hacerse un hueco entre la sociedad de la capital. Entretanto, Paquita se aguantó las ganas de verle y se resignó a encontrarse con él sólo algunos viernes, muy de cuando en cuando, los días que venía del pueblo para oír de la boca de su amado que entre todas, ella era la primera. Ni la distancia, ni los celos, ni el cansancio pudieron con ninguno de ellos. Fausto consiguió su objetivo: un matrimonio feliz, una casa, un trabajo como taxista en Madrid, tres hijos... y mucho futuro para todos.

Hace sólo siete años el destino aún les reservaba otra mala pasada: Fausto y Paquita sufrieron un accidente de tráfico y de esta tragedia se desatan sus últimos dramas. Ella no levanta cabeza y Fausto se ha visto muchas veces obligado a agacharla por sus continuas depresiones. No encaja del todo la suerte que les ha deparado la vida, pero no hace falta mucho tiempo para darse cuenta de que sigue sin lanzar del todo la toalla. Prueba de ello es su última hazaña: "Dice el refrán que el hombre tres cosas tiene que hacer en su vida: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro". Fausto tiene tres hijos, un huerto repleto de frutas y hortalizas, una casa de campo y ahora, también un libro. Se llama "La historia de mi vida". Lo escribió en una libreta "muy gorda", sin tener idea alguna sobre reglas ortográficas. Tan sólo la lectura diaria de la prensa y los nueve años que le permitieron ir a la escuela le han servido como bagaje literario para emprender esta aventura como escritor. Dice que lo escribió para sus nietos, por si quieren leerlo, "para que sepan lo que es la vida y lo que se lucha hasta llegar a ser alguien". Continúa diciendo que es analfabeto, y que está pasando una mala racha. Después suspira y dice que la vida es preciosa y que merece la pena vivirla. Y que está orgulloso de su familia, y que tiene la mujer más maravillosa del mundo.

Quizá su vida es una historia de casualidades, pero no es ninguna casualidad que Fausto sepa cómo es vivirla con toda intensidad. Aprendió lo que significan la guerra, el trabajo y el dolor del amor en la distancia. Ahora está aprendiendo que el amor duele también en la cercanía. Pese a todo, aún deja entrever el nervio por luchar a



contracorriente. Amenaza con escribir la segunda parte de su libro. Ojalá se decida pronto.

Lo importante de la vida

Fausto tiene casi una historia de película. Cuando empieza a relatarla le es imposible hacerlo sin hablar de su mujer Paquita. Cómo iba a hacerlo, si no se ha separado de ella desde que, literalmente, nacieron. Y es que la vida, que tal y como él la define es "maravillosa", tiene que parecerle casi obligatoriamente algo increíble, porque desde el primer segundo, le concedió estar al lado de la mujer que ama. La casualidad le forjó un destino, y cuando hace resumen de sus 78 años, no puede evitar afirmar que "vivir merece la pena".

Fausto puede contar infinidad de aventuras y recrearse en los detalles porque ha vivido y vive intensamente. Entre sus anécdotas destacan desde un parto en su taxi hasta conversaciones con el Rey Don Juan Carlos o Monserrat Caballé. Se le llena la boca hablando de sus nietos y enorgulleciéndose de su mujer y de sus hijos. De vez en cuando le sale quejarse porque la salud empieza a fallarle tanto a él como a su esposa. Pero no puede reprimir las ganas de contar lo emocionante que ha sido toda su vida y en sus ojos, se percibe el brillo de una profunda satisfacción por lo que, tras casi 80 años de lucha, ha conseguido sembrar en el mundo. Para Fausto, según sus propias palabras, "la vida es preciosa", y aunque también se sumen decenas de sinsabores, todo merece la pena. Insiste, eso sí, en que el esfuerzo y el trabajo a toda costa son lo más importante para llegar a contar historias realmente dignas.

Después de horas y varios cafés, cualquiera que disfrute de su compañía puede percibir claro el mensaje: vivir como ha vivido Fausto es una forma muy admirable de vivir una vida.